

PEPE MORA: EL HOMBRE QUE SUSURRABA A LOS CABALLOS.

Por Antonio Mula Franco,

Cronista de la Villa de Rafal.



*“El amor por los caballos
es el único amor
Sin traición ni dolor”.*

A lo largo de la XVI Feria de Sevillanas de la Villa de Rafal, se tomó la decisión de realizar un merecido homenaje a “Pepe Mora”, hijo de Roque Mora Grau y Manuela Mompeán Villaescusa. El mayor de cuatro hermanos, junto con Roque, Andrés y Manoli. Casado con Carmina Bastias Hernández, de cuyo matrimonio nació José Antonio Mora Bastias, casado a su vez con Lorena Roch Mañogil, que asistieron emocionados a dicho homenaje, siempre con el recuerdo que conllevan estos actos.



De todas las opiniones recogidas a lo largo del homenaje, no hubo ninguna que no dejara claro su amor por los caballos. Si quisiera hacer un resumen, me atrevería a decir que para Pepe, montar a caballo era la forma que tenía de expresar sin palabras toda la pasión y la emoción que yacía dormida en el fondo de su alma y solo un caballo sabía despertar. Ratificando la opinión de su madre de que era serio hasta esos momentos, en los que la felicidad lo llenaba por completo. Buen hermano, atento siempre a las necesidades de su casa, pasión por los animales desde muy niño, ya que la cocina y la cuadra convivían pegadas, al ser su padre carretero, asistente a cualquier romería que se lo pidieran, según la opinión de su hermana Manoli.

El equipo de gobierno participó plenamente aportando rasgos significativos de su vida. Richard lo comparó con los valores característicos del fiel animal cuando dijo que “ *en el galopar de la vida, fuiste al igual que tu compañero, noble, fuerte y sincero*”. El Sr. Alcalde, deseando poder haberlo conocido más intensamente y durante más tiempo, aportó que era “*una persona muy cortés y fácil de ser amigo suyo*”.



Fransu matizó algunas de sus cualidades, *“trabajador, humilde y apasionado por los caballos*. Yolanda lo definió con dos hermosas palabras: *“increíblemente servicial”* En fin, pensamientos e historias de profundas connotaciones humanas que recuperan los sólidos valores que la frenética sociedad actual parece haber olvidado. La solidaridad con las personas, la armonía con la naturaleza y la fuerza de los sentimientos que subyacen en su vida y en su legado.

Nos dejó a la edad de 61 años, aunque su libertad es seguir galopando al son del viento y mientras cabalga, su corazón resuena en los pasos sobre el prado húmedo; resuena en el resoplar y el tascar del freno de su caballo tordo, y una dicha inefable ilumina su corazón, sabiendo que si dejaba en ese momento este mundo, sin lugar a dudas, hombre y caballo, caerían en el paraíso.



Rafal a 5 de junio de 2016.